



Nº 4

5 marzo 2021

Boletín del VI Encuentro de Elucidación de Escuela

Presentación

Marta Serra y Antonio Mújica nos presentan para la conversación de la próxima “Elucidación de Escuela” dos textos que tienen un eje común. Ambos muestran la función de la comunidad de experiencia que es la Escuela en la transmisión del psicoanálisis.

Marta muestra como la relación sintomática con la causa analítica, siempre singular, precisa del Otro de la Escuela y de sus efectos de formación que no es sin los otros. Los avatares de su relación con la Escuela corren a la par de su experiencia analizante. Anudamiento entre experiencia analítica y experiencia de Escuela.

Antonio muestra, a partir de las vicisitudes de la creación de una comunidad de Escuela, como ésta no puede construirse sin la conversación entre los miembros y sin el deseo de que la transmisión del psicoanálisis trascienda a las pequeñas diferencias. Trabajo siempre por hacer que no puede, como la formación del analista, darse por cumplida.

Montserrat Puig

Deseo de Escuela

Marta Serra Frediani

¿Qué deseo se pone en juego en la demanda de inscripción a una institución analítica? ¿Qué desea el sujeto? No creo que haya una respuesta única, ni siquiera la había para el propio Sigmund Freud¹ cuando, en el momento que ya contaba con distintos discípulos formados, se planteó la necesidad de constituir un grupo de reflexión para lo que aportaba distintos argumentos: “Temía el abuso de que sería objeto el psicoanálisis tan pronto alcanzase popularidad” por lo que se requería un lugar desde el que decir lo que era y lo que no era el

psicoanálisis; también porque sería el medio para “enseñar el modo de cultivar el psicoanálisis”; y por último, porque sería punto de encuentro en el que los partidarios del psicoanálisis se reunirían “para un intercambio amistoso y para un apoyo recíproco, después que la ciencia oficial ya había pronunciado su *boycott* al psicoanálisis”².

Esas razones aducidas por Freud no son muy distintas de las que podríamos sostener como base del deseo que nos acerca, uno por uno, a nuestra Escuela. Es más, el propio Jacques Lacan eligió denominar Escuela a su asociación psicoanalítica precisamente por el sentido que dicho término tenía en la antigüedad: “Ciertos lugares de refugio, incluso bases de operación contra lo que ya podía llamarse malestar en la cultura”³. Pero, además, al elegir ese término, ponía también en el fundamento de su institución la relación a su enseñanza y a la transferencia que él mismo generaba.

Hoy también se pueden desear múltiples cosas cuando uno se acerca a una institución como la Escuela: una identificación que le represente, la compañía de semejantes o el alojamiento en un Otro, pero todo ello no puede ser sin cierta inclinación, cierta puesta en valor de una enseñanza, la enseñanza del psicoanálisis dispensada por Lacan y la orientación que da a la misma Jacques-Alain Miller.

De hecho, Lacan hizo el acto de fundar una Escuela porque la enseñanza que él producía fue “valorada” -por los notables de la IPA- como causa de exclusión de dicha institución. Eso que justificó su excomunión, devino, en contrapartida, la razón de que algunos renunciaran a los oropeles de la IPA para seguirle. Siguieron su discurso porque les parecía la buena brújula para orientarse en la práctica del psicoanálisis. Por tanto, como Lacan mismo señaló⁴, fue su relación a la Causa analítica y la enseñanza que de ella producía lo que estuvo en el origen de la fundación de su Escuela.

Y la fundó con el propósito de que cumpliera un trabajo, “el de volver a llevar la praxis original que Freud instituyó con el nombre de psicoanálisis al deber que le corresponde en nuestro mundo, (...) denunciar en él las desviaciones y la concesiones que amortizan su progreso al degradar su empleo”⁵. Por eso reclamaba, en su “Acto de fundación”, que vinieran a ella los *trabajadores decididos*⁶.

Así, tanto Freud como Lacan, la institución analítica que fundaron la querían al servicio del psicoanálisis -de su perennización y su evolución- no al servicio de los psicoanalistas.

Después de ellos, para cada uno de los que nos hemos acercado a la Escuela, ¿qué orientó nuestra demanda? ¿Qué deseo había en juego? De entrada, podemos partir de la idea de que el deseo funciona como motor de búsqueda de algo que es vivido como carencia, como falta.

En mi caso, el acercamiento a la Escuela fue orientado por una falta con dos caras, falta en saber y falta en ser, y buscaba un tratamiento para ambas. Esperaba tratar la primera con el saber de otros y la segunda con la transferencia. Me encomendaba al psicoanálisis para rellenarlas o suturarlas, con lo que era claro que lo que quería no tenía nada de altruista y que, en cierto modo, ponía la Escuela a mi servicio.

Esperaba un saber y una mutación de mi ser como puros beneficios subjetivos. Sin embargo, en lo que respecta a lo social sentía que apostar por ser miembro de esa Escuela era no retroceder frente al supuesto desprestigio que podía tener el psicoanálisis, al tiempo que declararme orientada por Lacan tenía, a mis ojos, el valor de un acto reivindicativo: era una más para la causa. Quizás en esa pequeña infatuación de contarme como “una más” había algo de una posición ética que podía atisbarse.

La Universidad me había dado el título que me permitía ejercer la profesión de psicóloga, fue el lugar de una habilitación en lo social que transité sin demasiada pasión. Pero, como refugio al malestar en la cultura, a mi malestar por el hecho de ser sujeto del lenguaje, la apuesta fue el psicoanálisis.

Sin embargo, para analizarse no se requiere una Escuela, sino un analista.

Si la Escuela podía concernir en algo mi deseo era porque quería autorizarme a hacerme analista y no tenía duda de que para que eso fuera posible -como más tarde supe que decía Lacan- “el análisis es necesario, aunque no es suficiente”⁷, esto es, que el analista sea resultado de un análisis no le exime de formarse en psicoanálisis. En ese punto, la Escuela tenía su valor para mí, la pensaba como el lugar del que podía obtener el saber que requería. En eso -lo desconocía entonces- no era lacaniana: quería la Escuela como descanso, no como trabajo.

En consecuencia, cuando “trabajaba” lo hacía “para” la Escuela, no “en” la Escuela, erigiéndola, así como un Otro exigente -casi bulímico-, un amo que me ubicaba en el lugar del esclavo y que esperaba de mí compromiso, diligencia, eficacia y eficiencia para su propio beneficio, dándome a cambio algunas porciones de saber para que se mantuviera mi dependencia de él. Por tanto, lejos de poner en acto mi deseo, respondía

más bien a lo que creía que era la demanda del Otro, en el caso, el Otro que hice encarnar a la Escuela.

Y además, tenía un pequeño lío respecto a la articulación entre el trabajo de transferencia y la transferencia de trabajo. Un acto fallido me lo hizo evidente el día en que, al final de una sesión, le entregué al analista un ejemplar de la revista que acababa de editar con mi trabajo y el de algunos otros- para el Instituto del Campo Freudiano en España. Él elogió el trabajo y yo, satisfecha, me apresté a abandonar la escena sin pagar mi sesión, cosa que no le pasó por alto, requiriéndome el pago de la misma. No se trató de un “error grosero”⁸ por mi parte sino del deseo inconsciente de asimilar el trabajo por la extensión del psicoanálisis a un “pago” por el psicoanálisis en intensidad.

Paulatinamente, mi relación a la Escuela cambió, lo que fue en paralelo a la mutación subjetiva producida en el trabajo bajo transferencia, en el cual, al cambiar el sujeto, cambió también el Otro que él mismo se había creado, construido con los retazos que, contingentemente, tomó de sus mayores. Mi Otro era una invención -como lo es el de cada cual- dado que, como aprendimos con Lacan, “el Otro no existe”. Fui despejando como me había creado un Otro a la medida de mi goce.

En lo que respecta a mi relación con el psicoanálisis, ese Otro completo que yo soportaba y sostenía -La Escuela- del que esperaba extraer y absorber el saber que me faltaba, resultó ser un Otro castrado, fundado por Lacan sobre una falta, la de la definición de psicoanalista. Por eso, Miller⁹ puede afirmar que “lo más importante de la Escuela no es lo que ella sabe sino lo que sabe que no sabe”, razón por la cual Lacan fundó una Escuela y no una nueva Sociedad de psicoanalistas, “una Escuela constituida alrededor de un ‘no saber qué es el analista’, pero siempre buscando saberlo”. Cosa que Lacan advirtió a los que le siguieron diciendo que en su Escuela nada autorizaba al psicoanalista a contentarse con saber que no sabe nada, “porque lo que está en juego es lo que él tiene que saber”¹⁰.

No existiendo ningún Otro que disponga del saber completo, listo para ser consumido, no hay otra vía posible que ponerse al trabajo de producir, a partir del propio trabajo en la experiencia analítica -como analizante y como analista- un saber que contribuya a elucidar lo que se juega y lo que se produce en la misma, lo que se puede alcanzar y lo que siempre se escapa.

Así, fue necesario el largo trayecto desde el amor al saber que hay –y que sin duda alguna la Escuela me ofreció y me ofrece- hasta el deseo del saber que no hay -y que me empeño desde hace algún tiempo en intentar cernir. Este deseo de saber, que fue una producción del análisis, es el que trato que sea el pivote de mi relación a la Escuela.

Hay una clara diferencia entre este nuevo deseo de saber y el ansia de saber que siempre tuve: es advertido, advertido de que su tarea no tendrá fin, dado que la respuesta última a la que aspira lo real no la entregará, no la entregará porque desconoce el lenguaje. Lo que Lacan dice de una manera hermosa: “Lo real no está de entrada para ser sabido. (...) Pero esto no es una verdad, es el límite de la verdad¹¹.

Y encuentro que hay un paralelismo entre la constitución de todo *parlêtre* y la constitución de la Escuela tal como la pensó Lacan. Si el *parlêtre* es el resultado singular de un anudamiento que se hace imprescindible como respuesta al “no hay relación sexual” que da cuenta de algo que falta en lo simbólico para orientar la vida; de igual manera, la Escuela de psicoanálisis fue la respuesta de Lacan a la falta de definición de qué es un psicoanalista, lo que implicó un cierto anudamiento entre lo real, lo simbólico y lo imaginario que dio una orientación singular para la vida del psicoanálisis.

Entonces, si Lacan decía que “El inconsciente es la política”¹², cuando hablaba de la lógica del fantasma, hoy, que empezamos a otear su última enseñanza, podríamos quizás decir que “el *sinthome* es la política”, la política de cada cual que lo fija a una modalidad de goce en relación a la vida, una modalidad de relación con los semejantes con los que convive y una modalidad de compromiso en las instituciones de las que forma parte.

Así pues, hacer un uso ético del *sinthome* es el reto que resta más allá del fin de análisis y eso, a mi entender, concierne también al deseo de Escuela.

Para nosotros hay dos experiencias que están profundamente vinculadas: la experiencia del análisis y la experiencia de la Escuela.

En la *experiencia del análisis* se trata de que el “deseo del análisis”¹³ lleve a “obtener la diferencia absoluta”. Esa diferencia absoluta no es sino la manera en que Lacan denominaba, en los tiempos del *Seminario XI*, la singularidad radical de cada *parlêtre*. El inconsciente es la elucubración de saber que cada cual se organiza en torno al agujero que lo simbólico tiene para responder a la cuestión de qué es la relación sexual. Por eso,

en un análisis se busca elucidar cómo demonios se entretejieron entre sí los significantes primordiales que se encontraron, aquí y allí en el mundo de *les trumains*¹⁴, para funcionar y organizar la vida de cada uno sin requerir participación alguna de su voluntad ni su pensamiento. Y se descubre el sentido de los síntomas, pero también como ese saber trabajaba incesantemente para mantener el tapón que permitía no enfrentar el real que itera, sin sentido, como goce del cuerpo, sin el sujeto.

En la *experiencia de la Escuela*, en tanto también hay en su núcleo una falta de saber incurable, se trata de proseguir una modalidad de análisis que la toma a ella y a los que la comparten, como *partenaires* de un deseo de saber que no cesa en intentar alcanzar a decir, o a medio decir, qué es el psicoanalista. Así pues, siempre analizantes.

Notas:

1. Freud, S., "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIV, págs. 42-43.
2. *Idem*.
3. Lacan, J., "Acto de fundación", *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 256.
4. *Ibid.*, pág. 247: "Fundo -tan solo como siempre estuve en mi relación con la causa psicoanalítica- la Escuela Francesa de Psicoanálisis".
5. *Ibid.*, p. 247.
6. *Ibid.*, p. 251.
7. Lacan, J., "Nota italiana", *Otros Escritos*, *op. cit.*, pág. 328.
8. Lacan, J., *Le Séminaire*, livre XXIV: L'insu que sait de l'une-bévue, lección del 17 de marzo de 1977, publicada en *Ornicar ?* nº 16/17, París, 1979.
9. Miller, J.-A., "La Escuela de Lacan".
10. Lacan, J., "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela", *Otros Escritos*, *op. cit.*, pág. 268.
11. Lacan, J., "Radiofonía", *Otros Escritos*, *op. cit.*, pág. 466.
12. Lacan, J., *El Seminario*, libro XIV: *La lógica del fantasma*, inédito, lección del 10 de mayo de 1967.
13. Lacan, J., *El Seminario*, libro 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2010, pág. 284.
14. Lacan, J., *Le Séminaire*, livre XXV: *Le moment de conclure*, inédito, lección del 17 enero 1978.

La experiencia... de la Escuela*

Antonio Múgica

Como dije, por ejemplo, en el País Vasco, en España, durante años existía un problema entre Bilbao, que es la ciudad más grande, y San Sebastián, que es una ciudad chica. La gente de Bilbao quería que la de San Sebastián fuese a Bilbao para los cursos y la de San Sebastián quería quedarse en su ciudad. Era un tema conocido, tema de discusiones infinitas, y en una ocasión en que fui al País Vasco, en una hora resolvimos separarlos en dos grupos, uno de Bilbao, uno de San Sebastián, y en la segunda hora empezamos a construir. Ahora trabajan juntos mejor de lo que nunca habían trabajado, porque pasaron por esos grupos y actualmente integran la Sección del País Vasco de la Escuela Europea.

Jacques-Alain Miller, "La escuela de Lacan", en *Elucidación de Lacan*.

(Versión online:

https://www.wapol.org/es/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=1&intIdiomaPublicacion=1&intArticulo=289&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=10)

He recurrido a diversos textos para escribir estas líneas. Hay dos, de Jacques-Alain Miller, que me han ayudado mucho a pensar algunas cosas. Son: "La escuela de Lacan" y "Teoría de Turín acerca del sujeto de la Escuela". Casual, o causalmente, son dos textos que se sitúan en torno a la constitución de dos Escuelas lacanianas, la brasileña y la italiana.

La experiencia de fundación

Como he dicho, esos textos de Miller que he trabajado los produjo y expuso en reuniones previas a la fundación de una Escuela. He incluido el exergo porque me sorprendió la referencia, en el texto de Miller, a un momento fundante de nuestra comunidad.

En un momento fundacional de una Escuela lacaniana es muy claro, para cualquiera que participa de ese momento, que participa de una experiencia. La fundación de las escuelas siempre ha sido en torno a cuestiones con grupos previos, y muy en particular, con renuncias a los grupos previos, es decir, en relación con reordenaciones en las agrupaciones de los psicoanalistas y en las que se producen movimientos que afectan de modo fundamental; hay una cesión, se cede en el mantenimiento de un grupo para integrarse en una Escuela.

Pero ¿qué sucede cuando ya hay tiempo de recorrido en una Escuela, cuando no es un momento fundacional? ¿Son las mismas cuestiones las que se plantean en un momento de una Escuela ya fundada?

Tras mi trabajo de lectura creo, e intentaré argumentar, que hay un elemento esencial para orientarse en algo coherente con lo que Lacan señaló, en su Acta de fundación, al titular el punto 7: “De la Escuela como experiencia inaugural”. En ese punto siete Lacan dice cuál es la razón para esa experiencia: que la transmisión sólo se realiza por “los caminos de una transferencia de trabajo”. Esa “transferencia de trabajo”, durante mucho tiempo ha sido para mí un enigma. Hoy creo que lo he podido esclarecer en parte.

La experiencia del análisis

Se llega al psicoanálisis por diferentes caminos, pero si uno entra pasa por el dispositivo, por la experiencia de un análisis, y en un análisis, efectivamente, se comprueba este aspecto de “experiencia”.

Y con el análisis, a poco que se haya hecho en él un trabajo, exponiendo su discurso sin censuras, asociando libremente, obtiene efectos y muchos argumentos para querer sostenerlo y transmitirlo. Hay modificaciones subjetivas, sintomáticas, aligeramiento producido por la caída de un significante amo, etc. También se hace patente la gran diferencia de saber, textual, referencial, y que marca una gran distancia con respecto a las formas de banalidad supuestamente conceptual del campo “psi”. Del mismo modo, se produce una mayor facilidad y orientación para la práctica. Con toda esta argumentación se hace lógico trabajar por el psicoanálisis, pero ¿de qué manera hacerlo para que realmente sea algo psicoanalítico, por ejemplo, en la orientación de decisiones concretas?

Cuando se funda una Escuela lacaniana es clara la cesión del pequeño grupo, pero, ¿se trata de que se constituya un grupo mayor, más fuerte, con mayor impacto social, por ejemplo? Es claro que no, que se trata de un tipo de agrupamiento diferente. Siempre es una cuestión cómo hacer para que la Escuela sea otra cosa que un nuevo “gran” grupo, y con esa cuestión, también, cómo hacer para evitar fenómenos de grupo en la Escuela.

Lacan construyó una Escuela de una lógica totalmente diferente a una formación grupal y coherente con el propio discurso analítico. Una Escuela lacaniana tiene que ver con algo que no permite identificación grupal, que no se sostiene en la identificación al modo de la identificación de la masa de la que Freud habla en “Psicología de las masas y análisis del yo”, sino que se sostiene en algo paradójico, algo que justamente es lo opuesto, porque tiene que ver con lo singular del deseo del analista.

Experiencia de Escuela

Es algo sabido, y debo volver a mencionarlo, que Lacan constituyó una Escuela en la que muchas cosas diferían del modo como Freud, pese a haber escrito “Psicología de las masas...” constituyó el grupo destinado a preservar y transmitir el psicoanálisis. En todo el andamiaje de la Escuela de Lacan hay la presencia de algo que subvierte totalmente la relación al saber y la transferencia que eligió Freud. Lacan eligió un modo por el que se contrariaba el que se cristalizara algo como que los que integran ese agrupamiento pudieran sostener el lugar de quienes saben, promocionó un modo por el que a todo nivel se favoreciera el no-todo. Soledad frente a la causa, carteles con fecha de disolución, permutación, inclusión del no analista, etc.

Una Escuela puede cumplir más de una función. Sabemos que el humano parlante está sujeto, es lugar y sede de identificaciones; eso es ineliminable, pero no es esa la orientación que hace que sea posible la transmisión. Sabemos por la IPA de la desorientación que se produce cuando en una asociación se promueve esa identificación.

Una Escuela lacaniana, coherente con los conceptos y práctica psicoanalítica, se orienta como un análisis, por un camino en el que caen las identificaciones, los significantes amo. Para ello, en el análisis, es esencial poder sostener mínimamente el S de A barrado, la falta del significante del Otro. Esto debe suceder también en la Escuela. Porque Lacan recoge de modo radical algo que ya Freud planteó, que hay que tomar lo colectivo al modo del mismo sujeto. Como Miller recuerda en la “Teoría de Turín acerca del sujeto de la Escuela”, “Lo colectivo no es nada -lo colectivo no es nada más que el sujeto de lo individual”. Así pues, se comprende la coherencia de una Escuela que sitúa al no-saber en su centro. No saber qué es un psicoanalista.

Porque, así como en un análisis es preciso que se movilice un no saber para la instauración del trabajo de transferencia; no saber de los síntomas de los que se sufre, no saber cómo uno ha llegado a encontrarse repitiendo de cierto modo algo importante –como en las elecciones de partenaire, por ejemplo..., lógicamente, el no saber debe ser el centro de la experiencia de la Escuela, no saber del ser del psicoanalista.

La experiencia de la Escuela..., y la transmisión

Al principio me planteaba que qué es lo que sucede cuando ya hay tiempo de recorrido en una Escuela, cuando no es un momento fundacional. En efecto ya no es ese momento en que se formaliza una Escuela, con sus estatutos, sus novedades... Es el momento en que se instaure más bien una continuidad, un funcionamiento regular. Y con ello reaparece, lógicamente, la cuestión de la transmisión. Por ejemplo, esto surge en nuestras reuniones cuando hablamos de la caída del interés, de las pocas personas que asisten a las actividades, etc.

Esas preguntas son realmente importantes y lo son en tanto la cuestión que está en juego es si habrá en el futuro psicoanalista, análisis, si lograremos que perviva para los humanos parlantes que nos seguirán algo que nos ha demostrado su gran valor por su saber, paradójico, sobre el no-saber y su gran valor para la vida.

Al considerar la cuestión he pensado que no se trata sólo del momento en que una Escuela se funda. Más bien se trata de que se funda la Escuela cuando se produce “transferencia de trabajo”. La Escuela puede fundarse en cada ocasión en que se produce un acto relativo a ella; sea administrativo, sea de pequeña reunión, sea de escritura de un texto, de participación en una “gran” reunión. Pero esto a condición de que, tal y como sucede en un análisis, no se retroceda ante la enunciación.

Al ponerme al trabajo de plantearme estas cuestiones con los textos que he ido eligiendo para considerarlas he caído en la cuenta de que si se trata de tomar la Escuela como un sujeto, la Escuela sujeto, hay algo esencial: la exposición. Al modo de la exposición que promueve la experiencia analítica en un discurso no elegido, hay una responsabilidad en la elección de la exposición.

La transferencia de trabajo implica, como señala Lacan en ese punto 7 mencionado, “progresar esencialmente en el no-saber”, exige para los miembros de una escuela una exposición al no-saber para hacer esa experiencia de Escuela.

La proposición en la Escuela de Lacan del dispositivo del pase es coherente con ello en tanto instaure el no-saber del psicoanalista en su centro. Pero sabemos por los testimonios de los AE que el pase, si bien es un dispositivo concreto, que sucede en un momento, también es algo que tiene momentos previos en que algo del pase está en cuestión; y esto también en relación con la experiencia de la Escuela.

Siendo coherente con esto he buscado escribir este texto de un modo muy diferente al modo como me suelo asegurar no estar demasiado en

falta y no exponer mi no-saber. Uno puede convertirse en el rey del corta-pegar. El corta-pegar también es un modo, algo escaso, de exposición. Se expone una selección, un agrupamiento ordenado particularmente. Pero me parecía que había que dar un paso más e incluso arriesgarme a aprender de mi propia desorientación.

Ninguno nacemos hablando, y somos hablados al inicio. Los significantes que utilizamos no son de creación propia, nos los apropiamos, los incorporamos. Lacan nos habla de todo esto en muchos lugares. Instituímos al Otro. El corta-pegar se constituye tempranamente. Pero cada uno se apropia de los significantes y es en la enunciación donde aparece lo singular de cada cual.

En un análisis se encuentran los significantes del Otro que impactaron, y que caen; a condición de una enunciación. Lacan plantea que no se trata de un inconsciente constituido sino de un inconsciente que se constituye en la asociación libre. Del mismo modo se trata de promover una Escuela sujeto que se nutre de las enunciaciones en tanto auténticamente vinculadas al no-saber.

Si considero las veces que he mantenido el trabajo del análisis por la confianza en el dispositivo me doy cuenta de que en la vía coherente para la respuesta a las cuestiones que se suscitan en la Escuela hay que también confiar en el dispositivo, a condición como mínimo, de una auténtica exposición. La intensión hace a la extensión. El avance en el trabajo con los significantes con la Escuela instituida como sujeto supuesto saber, constituyendo en cada ocasión la Escuela, es lo que hace posible la transmisión, que vendrá, “por añadidura...”

Es en cada pequeño o no tan pequeño acto de Escuela que podemos hacerla ex-sistir. Es en cada reunión que es posible hacer esa experiencia de fundar la Escuela y con ello favorecer algo que sabemos siempre ha sido central para el psicoanálisis en su transmisión: el deseo.

Referencias:

- Jacques Lacan, “Acto de fundación”, en Otros escritos
- Jacques-Alain Miller, “La escuela de Lacan”, en Elucidación de Lacan.
- Jacques-Alain Miller, El concepto de escuela, en Cuadernillos del Pasador
- Jacques-Alain Miller, Teoría de Turín acerca del sujeto de la Escuela, El Psicoanálisis nº 1, Revista Lacaniana de Psicoanálisis, Madrid, 2000.

* Trabajo presentado en la Jornada de la Comunidad del País Vasco de la ELP “La experiencia de la Escuela”, celebrada el Sábado 9 enero 2021 en modalidad virtual



Comité editorial: Pepa Freiría, Ruth Pinkasz, Xavier Giner y Félix Rueda

transmisión y deseo de Escuela

VI encuentro de elucidación de Escuela

16 de abril 2021

de 18:00 a 21:00

vía zoom